

dres jacobitas ó eutiquianos, cuyas falsas ideas tal vez no habia sacudido enteramente, les hizo adquirir un crédito pernicioso por su imprudente condescendencia en pretender conciliar el dogma católico con algunas opiniones singulares que debería haber sofocado en su origen. Los eutiquianos habian siempre pretendido que en Jesucristo no habia mas que una sola naturaleza, y contentándose el obispo Teodoro con sostener que solo habia en Jesucristo una operacion ó una voluntad, lisonjeóse Sergio con la vana esperanza de conciliar un error tan craso con la doctrina invariable de la Iglesia. Procuró con tal ardor grangearse la gloria que creia consiguiente á este triunfo quimérico, que envió á Teodoro un supuesto escrito de Mennas, antiguo patriarca de Constantinopla, en el que se contenia este error; aunque segun opinion general, no fué otro su autor que el mismo Sergio (1). Envio este escrito autorizado con la aprobacion de Teodoro á Pablo el Tuerto, eutiquiano célebre de la secta de los severianos, con la esperanza verosimilmente de reducirle tambien á la comunión católica. Rayaron sus tentativas hasta pretender reunir á la Iglesia los secuaces de Pablo Samosatenno, los que reputando á Jesucristo puro hombre, consentirian fácilmente en no atribuirle mas que una sola operacion. Suprimiendo de esta suerte los términos que la Iglesia consagra á la profesion de su fé, y cuya rigurosa exactitud es tan amargamente censurada por la sabiduría mundana, mezclaron las cosas mas inconciliables, los principios fundamentales de la Religion con todos los horrores de la impiedad.

El emperador Heraclio no vió en esto otra cosa que la ventaja de asegurar la calma por el momento, y su política limitada á esto fué victima del engaño. Allá en sus

(1) Concil. VI act. 14.

campanas de Persia habia tenido en Armenia una conferencia con el gefe de los hereges seyerianos, y le pareció que se les podia ganar no confesando mas que una operacion en Jesucristo. En el pais de los lazios propuso á Ciró, metropolitano de Fasidia, su plan de reunion que probablemente habia recibido de Sergio de Constantinopla. No se atrevió Ciró á disgustar al emperador, y contra el dictámen de su conciencia que le hizo sentir desde luego sus remordimientos, se fué comprometiendo insensiblemente en la misma empresa que este príncipe. Obtuvo bien pronto por vía de recompensa el patriarcado de Alejandria, vacante por muerte de Jorge que le ocupó catorce años.

Colocado en esta Silla, cumplió con fidelidad el plan de Heraclio, esmerándose en reunir los eutiquianos de Egipto que eran muchos, y á los cuales se daba el nombre de teodosianos. No era difícil la conformidad, supuesto que se proponia no reconocer mas de una operacion en Jesucristo. Estendióse de comun consentimiento el acta, dividida en varios artículos, al parecer edificantes y literalmente católicos, á escepcion del sétimo en que se declara que el mismo Jesucristo es el que produce las mismas operaciones tanto humanas como divinas, por medio de una sola acción *theándrica*, es decir, humano-divina, ó divina y humana al mismo tiempo; de suerte que la distincion que se hace es puramente intelectual. Hallábase á la sazón en Alejandria el santo monge Sofronio que era ya obispo de Damasco, y como gozaba allí de la mayor reputacion desde el tiempo de San Juan el Limosnero, que hizo una confianza muy distinguida de su instruccion y talento, el patriarca Ciró le comunicó los artículos de la reunion. Mas no bien los hubo leído prorrumpió Sofronio en un copioso llanto, y se postró á los pies del patriarca en

pleicándole que no publicase una doctrina incompatible con la fé de la Iglesia; mas Ciró no era hombre capaz de sacrificar los respetos de un príncipe á las representaciones de un antiguo solitario. Verificóse pocos dias despues la reunion con la mayor solemnidad; era el año 635. Muy luego justificaron los hereges los temores de San Sofronio, pues triunfaban con insolencia, y decian públicamente, que en vez de admitir ellos el Concilio de Calcedonia, el Concilio habia adoptado su doctrina, puesto que admitir una sola operacion en Jesucristo era lo mismo que no reconocer en él mas que una naturaleza.

Impulsado Sofronio del celo que ardia en su corazón, pasó desde Alejandria á Constantinopla; mas no causó mejor efecto en el ánimo de Sergio, autor ó protector principal de estas novedades, que el que habia causado en el de Ciró. Volvió á tomar en seguida el camino de Oriente, penetrado de dolor á vista del triste espectáculo que se le ofrecia para la Religion, y vino á aumentar su amargura la violencia que se le hizo para colocarle en la Silla de Jerusalem, vacante por muerte del patriarca Modesto.

Juzgó sin embargo Sergio como muy importante para sus miras prevenir al Sumo Pontífice contra las reclamaciones asi del sábio y firme Sofronio como de los otros depositarios fieles de la sana doctrina. Entonces escribió su carta capciosa al Papa Honorio. Es muy larga y está toda llena de artificios, de disfraces y de mentiras formales. Desde el principio protesta que no intentaba hacer cosa alguna sino en perfecta unión con la Sede Apostólica (1). En toda ella oculta con destreza el interés que toma por la nueva doctrina, y no dice una palabra que pueda despertar la menor sospecha de que él es su autor. Al parecer

(1) Concil. VI, act. 12, pag. 617.

no respira otra cosa que el deseo de la conversion de los hereges, y que solo se encamina á prohibir el uso de las espresiones que puedan impedir la, y que los Padres, dice, no juzgaron necesarias á la profesion de la fé. Desea por esta razon que no se hable ya de una ó dos operaciones en Jesucristo, ni de una ó dos voluntades, y afirma que el término de una sola operacion se encuentra en algunos Santos Padres, y que el de dos operaciones no se lee en ninguno, y que muchos fieles se han escandalizado de esta última espresion por cuanto da lugar, dice, á reconocer dos voluntades contrarias en el Hombre-Dios. Asegura, por último, que Sofronio, cuya virtud alaba cautelosamente, habia conocido el peligro de estas disputas, y que estaba conforme en no volver á hablar de una ni de dos voluntades.

El Papa, que no tenia noticia alguna de una intriga tan maligna y complicada, no formó la mas leve desconfianza, antes bien se lisonjeó con la idea de reducir al seno de la unidad los partidos de los jacobitas, de los severianos, de Julian, de Teodosio y de otros muchos que componian la secta entera y mal unida de los eutiquianos. Elogió el celo aparente de Sergio, y le respondió en estos términos (1):

Hemos recibido la carta en que nos participais haberse suscitado una nueva cuestion de palabras por parte de Sofronio, antes monge y en el dia obispo de Jerusalem, contra nuestro hermano Ciró, obispo de Alejandria, que enseña á los hereges convertidos que no existe mas que una operacion en Jesucristo; y que habiéndoseos presentado Sofronio, no insistió ya en sus quejas luego que recibió vuestras instrucciones. (Hé aquí una de las falsedades de la carta de Sergio con respecto á San Sofronio, que nunca habia variado en su fé). Aplaudimos, continúa el Pontífice, vuestro celo en

(1) Concil. VI, act. 12, pag. 923.

haber atajado esta novedad de palabras, capaz de escandalizar á los débiles. Por lo que á Nos toca, confesamos una sola voluntad en Jesucristo, por cuanto la divinidad tomó de nosotros, no nuestro pecado, sino nuestra naturaleza, según fué criada antes que la corrompiese el pecado (1). No vemos que la Escritura ni los Concilios nos autoricen á enseñar una ó dos operaciones; y si alguno lo ha practicado, ha sido con cierta indecision, y con el fin de acomodarse á la capacidad de los débiles, lo cual no debe convertirse en dogma de fé. Llenos están los libros santos de la doctrina, de que el Salvador es un solo supuesto que obra por la divinidad y humanidad; pero saber si á causa de las obras de la divinidad y de la humanidad debe entenderse y decirse una ó dos operaciones, de nada nos puede importar; y abandonamos esta cuestion de palabras para los gramáticos. Pongamos en olvido estas espresiones nuevas que no son más que una semilla de escándalos, no sea que efectivamente los sencillos nos juzguen nestorianos si admitimos dos operaciones en Jesucristo; ó al contrario, nos tengan por eutiquianos si no admitimos más que una sola. Caminad uniformemente por la senda que seguimos y os mostramos con nuestro ejemplo.

Estos son los principales artículos de la carta de Honorio, demasiado célebre por desgracia al cabo de tantos siglos. Sin embargo, no tanto se enseña en ella el error, cuanto se esclaviza la integridad de la sana doctrina. La sola lectura de este escrito da á conocer, que lo más duro que contiene con respecto á la unidad de voluntad que

(1) Estas palabras permitirían pensar que el Papa, engañado por la manera equívoca con que Sergio le había presentado los hechos, creía que se trataba de dos voluntades humanas, es decir, de la doble ley que aflige á nuestra desgraciada naturaleza y que ciertamente era del todo extraña al Salvador (Historia del Papado, 2.<sup>a</sup> edic. franc., t. 1, p. 128). «Legítima si se refiere á la humanidad del Salvador exenta, por su augusta asociación, de la doble ley de la carne y del espíritu, que nos degrada (Ibid. pp. 127).» La palabra monotelismo, formada de dos palabras griegas, de las cuales una significa solo y la otra voluntad, no es heterodoxa sino en cuanto se dirige á la persona teándrica.

atribuye á la persona de Jesucristo, no significa otra cosa que unanimidad ó conformidad, á fin de escluir toda contrariedad real entre los actos de su voluntad divina y los de su voluntad humana. Mas esta respuesta del primer Pastor, aunque no estaba dirigida á todos los fieles, como lo están la mayor parte de las Letras dogmáticas de los Papas, sino solamente al Patriarca de Constantinopla, no pudo menos de influir del modo más funesto, atendido el estado de las cosas, en los negocios de la iglesia de Oriente. No había aguardado el emperador Heraclio á esta carta para oprimir y sujetar la enseñanza pública; pero después que la recibió, se atribuyó más generalmente y con mayor seguridad el poder de cautivar la doctrina. En el año 639 promulgó un edicto (si así puede llamarse una esposición de la fé) compuesto en su nombre por el patriarca Sergio, prohibiendo la enseñanza del dogma de dos operaciones en Jesucristo, y esto es lo que se llamó la *Ecthesis* de Heraclio. Prohibía igualmente que se dijese una sola operación, y que en manera alguna se promoviese este género de disputas; pero asentaba además ciertos principios de los que se seguía necesariamente la unidad de operación. En fin, después de esta indiferencia aparente, y ya tan escandalosa, entre el dogma y la heregía, presentaba como artículo de fé, no solo que no podían reconocerse en Jesucristo dos voluntades contrarias, sino que tampoco había en él dos voluntades distintas, llegando hasta afirmar espresamente que no había más que una sola voluntad. Tal es el constitutivo formal de la heregía de los monotelitas, llamados así de las dos voces griegas que significan esta voluntad única (1).

San Sofronio no quiso esperar á estos extremos para oponerse con ánimo esforza-

(1) Tom. 6 Conciliar. pag. 33.

do á los progresos de la naciente heregía, ó más bien al restablecimiento de lo más impío que había en el eutiquianismo. Después de una segunda carta del Papa, de que Sergio abusaba tanto como de la primera, se dedicó el sábio patriarca á examinar los depósitos más sagrados de la tradición. Recogió con buen orden hasta seiscientos lugares de los Padres, que componían dos volúmenes, y nada dejaban que desear en este punto tan interesante. Bien hubiera querido pasar á Roma con estos medios de defensa tan victoriosos; pero su caridad paternal no le consintió ausentarse de su provincia y dejar espuesto el rebaño á peligros todavía más inminentes por parte de los sarracenos, que después de su levantamiento en tiempo de Mahoma formaron en pocos años la potencia más temible del Oriente. Tomó consigo á Esteban de Dora, que era el primero de sus sufragáneos, y conduciéndole al Calvario, le dijo (1): «El que ha consagrado este lugar con su sangre os pedirá estrecha cuenta, cuando descienda á juzgar vivos y muertos, si olvidáis los intereses urgentes de la Religión que tanto le costó. Haced lo que yo no puedo hacer por mí mismo: id á la Sede Apostólica que es el fundamento inalterable de la fé, y á los insignes varones que la honran con su doctrina y ejemplos instruidos de las tramas que aquí se han urdido. No ceséis de instarles hasta lograr la condenación canónica de todas estas novedades impías.» No pudo resistir Esteban á una exhortación tan patética, y se puso luego en camino: poco después de su partida murió el santo patriarca.

Sufrió sin embargo antes el dolor de ver tomada la ciudad santa al cabo de dos años de sitio por los sectarios, ya muy numerosos, del falso profeta Mahoma. Este

impostor, el más famoso de cuantos hubo jamás, nacido en el siglo precedente en el discurso del año 570, no consiguió cierta celebridad hasta el año 22 del siglo VII. Tal es la época famosa en la que principió el curso de los años musulmanes, distintos además de los nuestros en que no comprenden más que trececientos cincuenta y cuatro días, ó doce lunas completas. Llámase egira, esto es, fuga ó persecución, y se cuenta desde el 16 de julio, día en que Mahoma fué echado, como perturbador, de la ciudad de Meca en Arabia, distante doce leguas del Mar Rojo. Era natural de la tribu de los Corisios, y se jactaba como ellos de descender de Abraham por su hijo Ismael, y de la rama primogénita (1). Hallábase sin embargo en la mayor miseria, y buscaba su fortuna en Siria. Hizose factor de una muger rica del comercio de Damasco, que era viuda y de edad de cuarenta años, la que se casó con él, no teniendo Mahoma más de veinticinco. Padecía de accidente de epilepsia (2); pero ocultó este accidente algún tiempo á su muger; y este hombre dotado de aquella energía de carácter y de aquella habilidad en el arte de la impostura que son presagio de revoluciones funestas, emprendedor, intrépido, naturalmente elocuente, y de un aspecto noble, aunque de talla poco más que mediana, sacó de su misma enfermedad la base de su elevación empleándola como un medio para conquistar Estados inmensos, á pesar de que aquel defecto parecía deber escluirle aun de los empleos más vulgares. Primeramente persuadió á su muger, luego á su primo Ali, después á Abubequer, distinguido no tanto por cierta especie de virtud cuanto por sus riquezas, y á algunas otras personas que no pasa-

(1) Elmac. cap. 1; Albufarag. Dyn. lib. 9, pag. 401.

(2) Theoph. ad Heracl. pag. 277.

(1) Tom. 6 Conciliar. pag. 104.

ban de nueve, que las invasiones de su mal eran éstasis en los que conferenciaba con el ángel Gabriel, pues Dios le había suscitado para restablecer la Religión.

A los cuarenta años de edad dióse á conocer abiertamente por profeta, y dogmatizaba en público y sin rebozo. Estaba dividida la Arabia en tres suertes de religiones, la judaica, la cristiana y la idólatra, y por eso dejó alguna cosa de cada una de ellas á fin de grangearse mas fácilmente sectarios. Pero como la idolatría era la mas desacreditada, asi por los progresos de la revelacion en todas las partes del mundo conocido, como por la vergüenza con que el género humano miraba sus errores antiguos, juzgó poder declararse fuertemente contra estas extravagancias especulativas, conservando sin embargo á sus árabes voluptuosos la disolucion real de sus costumbres. Proclamó la unidad de un Dios sumamente perfecto, criador del universo, que para instruir á los hombres inspiró en diferentes épocas á los profetas. Reconoce como á tales á Noé, Abraham, Moisés, y generalmente á todos aquellos que veneran los judíos, añadiendo algunos árabes. Dice que el mayor de los profetas fué Jesucristo, hijo de Maria, y afirma que nació milagrosamente de esta Virgen sin detrimento de su virginidad; le nombra Verbo y Mesías. Del mismo modo coloca en el número de los mayores Santos al Precursor del Verbo hecho hombre, á sus Apóstoles y sus mártires. Reconoce el Pentateuco y el Evangelio por libros divinos, pero añade: « Los judíos y los cristianos han corrompido estos divinos escritos, y Dios me ha enviado para instruir á mi nacion de un modo mas seguro. No basta renunciar la idolatría; conviene adorar á un Dios sin hijo y sin otra persona alguna que divida el culto supremo debido á él solamente. Es necesario escucharme como á profeta suyo, creer la resurreccion futura,

el juicio universal, el infierno en que los malos arderán eternamente, y el paraíso en que los buenos, entre una multitud de mugeres hermosas, embriagarán su corazón con las delicias de cuantos objetos puedan lisongear eternamente sus sentidos. »

En cuanto á los ejercicios exteriores prescribe la oracion cinco veces al dia, la circuncision, y muchas purificaciones corporales, la abstinencia del vino, la de la sangre y de la carne de cerdo, el ayuno del mes árabe Ramadan, la santificacion del viernes entre los dias de la semana, la peregrinacion á la Meca una vez á lo menos en la vida. Los árabes reverenciaban mucho en ella el templo cuadrado, cuya fundacion atribuyen á Abraham, aunque en él se adoraba á los idólos. El mismo Mahoma encarga mucho que se honre á una piedra negra que hay en el portal y forma una figura indecente. Quiere que se vuelva la vista hácia este templo para hacer oracion, cualquiera que sea el lugar donde se esté. Entran en el plan de su legislacion los deberes de la justicia, la práctica de la limosna, hasta el pago de los diezmos, y una multitud de usos que son comunes y como naturales á todos los hombres por su marcada relacion con el bien de la sociedad. Pero descubre sin rebozo el establecimiento vicioso y enteramente humano de esa legislacion suya, ordenando tomar las armas para su propagacion, é inmolar sin piedad á cuantos le resistan no sometiéndose á lo menos á pagar el tributo. Ofrece el paraíso á todos aquellos que mueran peleando en su defensa; y con el fin de hacer mas intrépidos á sus inconsiderados sectarios, les propone á cada paso la predestinacion como un destino fatal é inevitable: de donde les viene, en opinion de algunos autores, el nombre de Moslemes ó Musulmanes, es decir, resignados de una manera puramente pasiva á la voluntad divina. Otros observadores,

que nos parecen mas exactos, entienden por este término unos hombres libertados de la muerte sometiéndose á los vencedores.

Todos estos artículos están sacados del famoso libro de Mahoma, llamado Alcorán, esto es, la lectura, ó el libro por escelencia. Hállanse en él confundidos sin orden ni concierto, embrollados con declamaciones y lugares comunes, recargados de infinitas repeticiones, é interpolados con varios hechos que suponen la mas grosera ignorancia. Confunde á Maria hermana de Moisés con la Madre del Salvador. Sin embargo, en el Corán hay pureza de diction, espíritu y fuego, y una elocuencia y entusiasmo capaz de hacer impresion en los pueblos ardientes de la Arabia, region sin cultura y poco frecuentada de estrangeros, tanto por el temperamento mortífero de aquellas abrasadas tierras, cuanto por la dificultad de navegar por el mar Rojo. El uso de las letras en tiempo de Mahoma era en ellas enteramente nuevo, y él mismo no sabia leer ni escribir, de modo que el Corán fué escrito por otra mano. No nos detendremos en esponer las fábulas y las extravagancias que algunos han querido neciamente calificar de alegorias, como los dogmas de los antiguos mitologistas. Salta á los ojos la contradiccion en mil distintos pasages; pero sobre todo en el testimonio que este inconsecuente seductor da de la mision del divino Fundador de la Iglesia.

Encontró al principio mucha resistencia, particularmente en su tribu, á la que no faltó suficiente juicio para pedirle como prueba de su mision los milagros que no podía obrar. Fué mas feliz en Medina, otra ciudad de Arabia, á sesenta leguas de la Meca por el lado de Egipto y de la Siria. Reunió una faccion bastante numerosa para derrotar en muchos encuentros á los judíos y á los corisios, de cuyas resultas le

reconocieron soberano en el año sexto de la egira, que pertenece á una parte del año 627. Llegó á ser muy absoluto y enteramente despótico su poder, ya por su origen militar, ya por la índole del genio oriental; pero no abusaba de él contra sus vasallos; antes por el contrario, vivia con la mayor sencillez, y muchas veces en compañía de sus soldados. Dictó leyes para la disciplina militar y para el repartimiento del botin, objeto capital para un pueblo de salteadores, entre los que le mereció la mayor reputacion esta conducta. Nombróse tres cadis ó jueces, muchos secretarios, un hugier y un capitán de guardias. Prescribió la buena fé en los contratos, arregló las sucesiones, atendió á la educacion de la juventud y al cuidado de los huérfanos, y abolió la bárbara costumbre de no conservar mas que un corto número de hembras y asesinar las restantes al tiempo de nacer. Conservó el uso de la poligamia y la libertad de repudiar las mugeres y tornarlas á tomar muchas veces. Conociéronsele á él mismo hasta quince, de las cuales sin embargo no dejó mas hijos que su hija Fátima, que estaba casada con su primo Ali cuando el falso profeta al cabo de nueve años de reinado espiró en el de 632 de Jesucristo. Dos años antes se habia apoderado de la Meca y de todo su territorio, sin dejar por eso de residir en Medina.

En el mismo dia de su muerte eligieron para sucederle en calidad de principe y de profeta á Abubequer, que pasaba de sesenta años, pero era padre de Aicha, la mas querida de sus mugeres. Reinó poco mas de dos años, y no dejó de ilustrar admirablemente el título que tomó de califa, es decir, de vicario ó teniente del profeta. Todos los viernes distribuía á los musulmanes el dinero del tesoro público, no reservando para sí mas de lo necesario para su gasto diario, que venia á ser tres dracmas por dia,